



Atlas Libertas

Copia de un libro
para enfermos

Sara de Mingo Fernández

Copia de un libro
para enfermos



Unión Editorial

2018

© 2018 Sara de Mingo Fernández
© 2018 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-728-5
Depósito legal: M. 4.582-2018
Imagen de la cubierta: «El Jardín»
© Constanza Huerta de Soto

Maquetado e impreso por JPM Graphic, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda.
Aunque el sol se esconda y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños.

MARIO BENEDETTI

Sara de Mingo Fernández (Madrid, 1987) empezó a escribir con dieciséis años en el Instituto, durante las clases en las que se aburría. Tras aprobar selectividad, abandonó los estudios y tan solo ha ido a la Universidad para asistir como oyente a las clases de su interés.

Le encanta el teatro de improvisación y el deporte (sobre todo el de riesgo); viajar a la aventura para ver paisajes y monumentos insólitos, y explorar lugares abandonados a los que no siempre es sencillo acceder. Le gusta investigar y aprender continuamente, y en general le interesa cualquier actividad que le aporte nuevos conocimientos o diversión.

Ha escrito una decena de poesías, un ensayo, un relato, y esta es su tercera novela.

ÍNDICE

DE ÁNGEL A DEMONIO	11
Enero	15
Marzo	113
Abril	135
DE DEMONIO A DIOS	177
Junio	179
Julio	303
Enero	421
APÉNDICE	435

De Ángel
a Demonio

El muchacho rodó por un barranco de la Çosta dü Morte, y el corazón de la joven con él. Los dos hermanos se habían prometido que nada los separaría, que nunca dejarían de cuidar el uno del otro. Así lo aprendieron de sus padres, que siempre se cuidaron mutuamente quizá porque, al ser pobres, no tenían otra cosa que su amor. Pese a todo, hacía cuatro años y medio que no vivían con sus hijos en casa, sino que los observaban orgullosos desde el Infierno. Era allí donde enviaban a los ladrones al morir, por mucho que los muchachos quisieran convencerse de que sus padres estaban en el cielo, o por mucho que la Biblia intentase engañarlos llamando bienaventurados a los que roban para vivir. En el caso de Acracio y İhanet, robaban para que pudieran vivir otros, para dar a los demás la oportunidad que nadie les concedió a sus padres.

La tarde moría en Gâlizhia y los hermanos con ella. Acracio caía por el despeñadero, junto a sus últimos rayos de sol y sus últimas monedas robadas. İhanet bajaba corriendo tras él, saltando de piedra en piedra y de miedo en miedo, sin saber si dejaría de girar antes el cuerpo de su compañero, o si lo haría el Mundo. Las lágrimas resbalaban por el rostro desolado de la joven, como dos ríos a punto de morir a orillas del océano hermano. Le llamaba a gritos aunque no pudiera responderla, y tal vez ni oírlo, esperando que su voz pudiera mantenerle con vida. Cuando al fin Acracio se detuvo el tiempo también lo hizo, permitiendo que İhanet

se arrodillara junto al muchacho para acunarle contra su pecho. Sollozando, le dijo que sin él no podría seguir vi- viendo sobre un planeta que según la gente era plano, y en el que todos decían descubrir el vacío del fin del mundo cuando, a sus pies, la moneda se acababa.

—İhanet... seguirás sin mí... Prométemelo... —balbuceó Acracio al oírla.

—No... Vas a ponerte bien... —respondió İhanet, apre- tando esa mano que, pese a ser de un ladrón, tantas veces compartió el pan cuando no tenían.

—¿Te acuerdas de cuando papá nos decía que aunque el Mundo fuese un lugar muy grande, estaba habitado por seres con el corazón muy pequeño?

—Sí, por no compartir... —respondió İhanet entre lá- grimas.

—Nosotros hemos querido cambiarlo...

—Sí, y ahora tú estás herido...

—No importa, İhanet, seguro que ha merecido la pena intentarlo. Prométeme que si mue...

—No vas a morir... —sollozó.

—Prométeme que si muero seguirás por los dos. Sabes lo que hay que hacer.

—Acracio, yo no dejaré que...

—Shhhh... calla... —dijo, colocando el dedo sobre sus labios llenos de lágrimas—. Hazlo por nuestros padres.

—Yo sola no podré...

—¿Recuerdas que dijimos que enterraríamos a todos nuestros compañeros en la Quinta Post Mortem?

—Sí... porque siempre lo compartieron todo, y para que eso no cambie ahora...

—Pues también quiero que me entierres allí.

—No digas eso...

—Voy al encuentro de nuestros padres.

—No te vayas...

—Prométeme que nos enterrarás a todos en la Quinta Post Mortem. Prométeme que no te rendirás nunca.

—Te lo prometo...

Enero

Los primeros rayos del amanecer de un 23 de Enero, en los albores de una época lejana, se fundieron en la diabólica mente del único banquero de la ciudad con el corazón de moneda y la imaginación de un niño. Corrían tiempos difíciles en los que para sobrevivir a veces era necesario robar, en los que al caer la noche las estrellas se contaban por su peso en oro y los asesinos por el peso de sus víctimas. Los truhanes y bandidos habían hecho de la Tierra su Cielo, y eran las aceras las Iglesias de los pobres y las Iglesias el templo de los ricos.

Los bohemios callejones de la Poblá dü Mâdrid eran estrechos pasadizos de piedra llenos de historias y secretos, laberintos en los que entrabas persiguiendo aventuras que siempre terminaban persiguiéndote a ti y casi nunca vivías para contar. Las plazas eran los teatros donde quedaba escenificada la muerte de los bandoleros que perecían en la horca, los teatros eran el Gobierno en sí, y en cada rincón había vertederos de basura donde la ciudad enterraba a sus hijos. Eran tiempos en los que el hambre y la enfermedad formaban las dos caras de la misma moneda, en los que las niñas solo tenían valor como prostitutas, los niños con el yunque y el arado, las mujeres sin niños que alimentar, los ancianos cerca de la muerte, y los hombres cuando su fachada era de oro.

Porque esta, como todas, es una historia donde el dinero se alimenta del alma de los seres humanos, y en cambio los seres humanos no se alimentan del dinero.

Ni siquiera los banqueros.

Crucius da Morte cerró la puerta de la granja de sus padres, suspirando con desgana. Sabía que sin la *Reserva Fraccionaria* y las *estafas piramidales* (cuya ejecución aún no terminaba de encajar como un perfecto puzzle negro en su cuadrículada mente de matemático amargado) jamás podría salir de la pobreza en la que regurgitaba junto a sus vacas, cerdos, gallinas, y demás fauna ibérica a la que a menudo entendía y sometía mejor que a los propios seres humanos. Pero si bien tenía que convivir con esas malditas e insulsas —por no decir ya injustas— leyes que le impedían prestar los *depósitos a la vista* de sus clientes, y con las que los honrados banqueros como él no iban a forrarse a costa de los demás en la vida; al menos el negocio sí le daba para comer (o eso se empeñaba en creer él mientras compartía el pienso y el existo con el resto del ganado ya en vías de extinción).

Con una cojera completamente imperceptible a sus apenas treinta años, porque la única vaca con sobrepeso que su familia había poseído en las últimas generaciones se había desplomado —siguiendo el Vía Crucius— sobre la pierna de Crucius tras caerse de un andamio (hombre y vaca) y se la había aplastado haciéndole mucho daño; caminó el banquero hasta el antro infecto y perdido en mitad del monte que, tres años atrás, aún hacía las veces de banco y prostíbulo, asociación de términos que perduraría hasta nuestros días.

—Mírale... Anda que... menudo cabrón... No te imaginas lo que es —susurró alguien a espaldas de Crucius, señalándole descaradamente.

—Sí, «cabrón». Ya me lo estás diciendo tú —apuntó su interlocutor—. Se le ve un tipo atormentado.

—Me refiero a que no te imaginas a qué se dedica.

—Enterrador.

—No.

—¡Tanatopractor!

—Por Dios, no. Banquero.

—Ahora me explico esas pintas de cruzado medieval que se gasta el pobre. ¿Y qué pasa con él?

—Que no me da el préstamo, que dice que no tengo solvencia —respondió, mordisqueando un hueso de rata.

—¡Pffff! ¡¿Tú?! ¡¿Qué no tienes solvencia?! ¡¿Pero y quién se ha creído ese que es, el Rey de Escornia?!

—Pues ya ves que no tiene motivo, pero eso dice. Debe ser uno de los banqueros más tacaños de toda Escornia. Apenas presta dinero, lo único que hace es guardárselo a sus clientes para cobrarles una comisión enorme. Si te fijas verás que jamás entra nadie al banco, perdido como está en mitad del campo. Antes, cuando el prostíbulo del piso de arriba aún estaba abierto, sí había bastante gente. Pero desde que el dueño lo cerró y se fue ya no pasa por ahí ni Dios. Así está el banquero, blanco como un cadáver; porque como encima no se arriesga a prestar el dinero no ganará ni para comer.

—Bueno, pero igual si se arriesga lo pierde, ¿no?

—¡¿Pero qué estás diciendo?! ¡Espero que eso no lo digas por mí...!

—No, claro que no, pero...

Totalmente ajeno a la entrañable muestra de afecto que aquellos dos vagabundos profesaban hacia él, y a la presencia de un par de muchachos (uno de ellos vestido con capucha y el otro entablillado y apoyado en un bastón) que, a lo lejos, observaban la escena a la sombra de un árbol; entró Mr. da Morte en el local y se acomodó tras la mesa. Instantes después, como si en el cerebro de su primer cliente —y tal vez último del día— acabara de saltar el aviso de llegada, se abrió la puerta dejando paso a la única persona que al banquero le hacía sufrible el negocio e insufrible el resto de su vida.

Nephysto llevaba consigo esa genuina expresión de pandertería en la cara que siempre le acompañaba, y esta vez también un sencillo y ajado maletín negro —con una Cruz Roja grabada en la superficie— que, aunque a simple vista no pareciera contener las joyas de la corona, podía esconder una buena suma de dinero por el modo en que se aferraba a él. Estrangulaba la pobre maleta contra su poco pecho de

pelo y palo como si en cualquier momento el objeto pudiera escaparse de sus brazos, cosa que indudablemente haría si dispusiera de voluntad propia.

—Buenos días. ¿Cómo estamos? —preguntó el banquero cortésmente a modo de saludo, haciendo como que despedaba una mesa ya de por sí bastante limpia salvo por una hoja y una pluma.

Enseguida levantó la vista de nuevo, teniendo que disimular unos escalofríos al encontrarse con la cara picuda de su cliente a treinta centímetros de la suya, y con su pelo rubio y ligeramente encrespado —recogido en una coletita— prácticamente rozándole la piel.

—Yo bien —respondió Nephysto, Conde a sus treinta y tres años, cogiendo la pluma para mordisquearla y depositarla luego junto a las babas en la mano de Crucius—. En tu caso veo que sensiblemente peor; pero tranquilo, ya estoy yo aquí para rescatarte de la quiebra y convertir en cifras con ceros detrás esos negativos tan orondos que tienes escritos en el pergamino que ahora mismo intentas ocultar con la mano.

—No intento ocultar nada, simplemente estoy escribiendo —mintió—. Bueno, ¿qué quiere usted? Porque no creo que haya venido hasta aquí a perder el tiempo.

—Dejar mi pequeño cofre de caudales en tu custodia —respondió el Noble, refiriéndose alegremente a la maleta que sujetaba bajo el brazo—. Contiene 20000 espurias.

—Es una gran cantidad —señaló el humilde banquero con la expresión inalterable, a pesar de que tras escuchar la cifra se le salía el corazón del pecho.

—Lo es. Y obviamente te pagaré una buena comisión por la guarda y custodia de todo ese dinero. Te ofrezco 100 espurias al mes, ¿no te parece algo así como la mejor oferta que te han hecho en la vida?

«Lo que me parece es que me tomas por imbécil» —pensó Mr. da Morte.

—El doble o nada, no acepto comisiones de menos del 1% al mes por guardar dinero. Si voy a guardarle 20000 espurias me corresponde una comisión de 200.

—Venga, cedo yo...

«Venga, cerdo tú» —se hizo el banquero el juego de palabras para mantener su mente activa mientras Nephysto mantuviera la lengua, y así no tener que escuchar sus idioteces:

—¡Ay...! ¡Qué harías tú de no ser por mí...! El único cliente gracias al cual aún mantienes un ilusorio contacto con el mundo de las finanzas... Debo ser la única persona que se digna a visitar tu banco, casi para ti como un hijo.

«Sí, como un hijo de puta».

—Desde luego, estoy casi por adoptarle. Deme la maleta para que compruebe que efectivamente están las 20000 espurias y voy sellando el *certificado de depósito*.

—Tranquilo, que las 20000 espurias están ya bien contadas. Eso sí, ante todo espero que el hambre, las ratas, el frío, los agujeros del techo de paja en los días lluviosos y otra serie de pequeñas molestias de tu vida campesina diaria no constituyan un incentivo para gastar un dinero que no es tuyo —dijo Nephysto, acurrucándose con recochineo dentro de su capa dorada de terciopelo y permitiéndose dar unos saltitos de alegría, sujetando con la mano algo que debía llevar bajo la camisa (y que el Señor da Morte dedujo que sería un colgante, pues hasta el momento la carne siempre se había sujetado a los huesos por sí misma) para que no botase con él.

—Tranquilo, ya sé cuál es mi trabajo y cómo tengo que hacerlo —contestó Crucius secamente.

—O igual no lo sabes bien. Te recuerdo que un *depósito a la vista* debe permanecer siempre en el banco.

Crucius suspiró.

—Que yo sepa, el único «depósito a la vista» —dijo remarcando las comillas con los dedos— que hasta ahora no ha permanecido ha sido el cadáver que me pidió que guardara vaya usted a saber por qué —espetó el banquero aun sabiendo que, según el acuerdo dispuesto por ambos, su obligación era conservar el cuerpo del gitano a cambio de que Nephysto le pagase una comisión.

Aunque, lógicamente, en el *certificado de depósito* que le entregaba al Noble no figuraba que éste le hubiera dejado un cadáver; sino simplemente 2000 espurias. De este modo, ante la ley quedaba reflejado que lo que estaba guardando eran 2000 espurias, aunque no fuese cierto.

Hasta que Nephysto, furioso —y aún siendo consciente de que no podría recuperar el cuerpo porque en el *certificado de depósito* figuraba que el banquero le estaba guardando 2000 espurias—, decidió poner una denuncia y reclamarlo, confesándose él mismo como el asesino y acusando a Crucius de cómplice de asesinato, al haber escondido el cuerpo.

—Yo no tengo la culpa de que alguien se enterara de que usted había dejado un cadáver en mi banco y decidiera denunciarlo. Lógicamente, cuando la policía vino a por el cuerpo no tuve otro remedio que entregarlo.

—Porque no te imaginabas cómo acabarías, que si no te habías pegado un tiro y les habías entregado el tuyo... —se recochineó Nephysto.

Crucius cerró los puños, imaginando que lo hacía sobre el cuello de aquel maldito Noble que tanto daño le hizo al no conformarse con las 2000 espurias que figuraban en el contrato, y al denunciarlo como cómplice de asesinato.

—No se preocupe, que ya no tendremos que incurrir en ese riesgo, porque a partir de ahora me niego a guardarle otra cosa que no sea dinero. Con eso no tendremos ningún problema, puesto que jamás presto ni entrego a nadie los ahorros que mis clientes *depositan a la vista*, entre otras cosas porque la policía no suele venir a pedírmelos —respondió Mr. da Morte, irguiéndose para hacer notar su banquera presencia, y su altura no solo física sino también moral.

—Y haces bien en no prestar el dinero de los *depósitos a la vista*... Diez latigazos por cada 1000 espurias que no podáis devolver a vuestros depositantes, esa es la equivalencia para los banqueros en toda Escornia, ¿verdad?

«¿Por qué no te vas a dar por saco con esto y con tus putas aficiones necrófilas a quien pueda interesarle?».

—Normalmente pediríamos un préstamo antes de llegar a esos extremos —respondió Mr. da Morte secamente.

—Vaya, creía recordar que no está precisamente bien visto que los banqueros os arrastréis suplicando créditos y mendigándoos dinero los unos a los otros...

«No me toques más los huevos» —pensó Crucius.

—Ya —respondió, esperando que se callase de una vez.

—Aunque claro, peor visto está todavía que un banquero tenga un cadáver en su banco. Así pasó, que finalmente el Juez Huertaz te condenó como cómplice de asesinato, tal y como yo había sugerido, y te dejaron la espalda como un campo de labranza...

La expresión de Crucius continuó inalterable, pero por debajo de la mesa cerró los puños hasta casi hacerse sangre con las uñas.

—Pero ya te recuperaste de los cuarenta latigazos, ¿no?

—Sí —respondió Mr. da Morte con la mandíbula temblorosa, esperando que un segundo monosílabo animase a su cliente a cerrar la puta boca.

—Menos mal que, como yo no soy un don nadie, a mí no me pasó nada cuando denuncié la pérdida del cadáver para reclamar su devolución, y me descubrí como el autor del asesinato. Afortunadamente pude sobornar al Juez Huertaz y me dejó libre y sin cargos... porque qué horror si, por ejemplo, hubiera tenido que ser azotado públicamente como te ocurrió a ti.

—Sí, un horror.

Crucius había tenido bajo su custodia de banquero todo tipo de objetos peliagudos, de esos con los que si por desgracia te topas por la calle te apartas rápidamente con el admirable propósito de que no te confundan con la mafia y quieran romperte las piernas.

El primer fardo ilegal que aceptó cinco años atrás fue una colección de hojas y plantas con las que su bucólico cliente querría fumarse unos eucaliptos por no decir otras cosas; aunque posteriormente recibiría muchos más. Por ejemplo, hacía dos años y medio también se ocupó de ocultar

el revólver de su amigo Pasquín el Pistolero, a cambio de que éste le enseñara a utilizarlo. Más tarde también recibió todo tipo de joyas, armas, y antiguas reliquias de subasta; entre ellas obras de arte robadas que Crucius solo aceptaba porque gracias a sus eruditos conocimientos de arte (rupestre) solía llegar a la sagaz conclusión de que se trataban de burdas y grotescas imitaciones sin valor alguno (eran los originales). Pero jamás le habían entregado en custodia nada tan insólito como el cadáver de un gitano rajado de arriba a abajo, que el propio asesino le pidió que guardara durante un tiempo (quizá simplemente para ocultarlo de la policía, o para encasquetarle a él el muerto), y que nunca tuvo a bien explicarle por qué tenía tanto interés en recuperar.

Al final, Mr. da Morte tan solo sabía que a pesar de la gran cantidad de clientes a los que había atendido (ocupándose durante cinco años de todo tipo de trastos absurdos y estrambóticos) ninguno le desagradaba tanto como Nephysto, aunque en esta ocasión solo tuviera que guardarle un maletín —con el símbolo de una Cruz Roja tallado en su superficie— lleno de dinero. Un trabajo perfectamente legal siempre y cuando no ocultara ninguna sorpresita debajo de las 20000 espurias, en cuyo caso esta vez no le podrían acusar de ser cómplice de nada, pues él no tenía por qué saber qué contenía la maleta aparte del dinero.

Básicamente, el Señor da Morte firmaría un contrato en el que afirmaba haber recibido 20000 espurias de Nephysto, que se comprometía a devolverle íntegramente en cuanto éste se presentase en el banco con su *certificado de depósito*, siendo como era *a la vista*. Si por alguna razón (como que decidiera prestarlas como hacía con el dinero procedente de los *depósitos a plazo*) no podía devolverlas a tiempo, se enfrentaría a penas de tortura y/u/o muerte. A cambio, el Noble pagaba una comisión —en este caso muy grande, ya que era mucho dinero el que Mr. da Morte tenía que guardar— por sus servicios de custodia.

Y, obviamente, Crucius da Morte rellenó el contrato y el *certificado de depósito*, y finalmente los selló con su firma.

Ese era su trabajo, o al menos su trabajo legal. Cuando custodiaba objetos ilegales, simplemente negociaba el precio con su cliente, realizando un contrato oficial como si estuviera guardando dinero. Por ejemplo, el cadáver de aquel gitano barriobajero y marginal de los suburbios del distrito 56 de la morgue que funcionaba como almacén de órganos y otros instrumentos desechables de las iglesias quemadas, lo tasaron en 2000 espurias. Por eso, cuando Crucius perdió el cadáver, pidió en otro banco un préstamo de 2000 espurias que Nephysto no quiso aceptar, obcecado como estaba en recuperar el cuerpo. En cualquier caso, aquel cadáver era lo único que el banquero había perdido en diez años, mostrando una eficacia de la que se sentía particularmente orgulloso.

La mayoría de las veces, el precio al que tasaban los bienes ilegales era bastante bajo, mientras que las comisiones que recibía da Morte por guardarlos eran enormes. Al disminuir el precio oficial que le ponían al objeto, disminuían también las penas para el banquero en caso de perderlo si, por ejemplo, la policía se presentaba en el banco reclamando el cadáver que tuviera escondido debajo (o dentro en caso de Mr. da Morte) de la cama, cuando decidiera sacarlo un rato para que le diese el aire. Generalmente a Crucius no le gustaba que permaneciera dentro de la «caja fuerte» durante todo el día, porque al poseer un cierre hermético como el de los ataúdes, el cadáver no respiraba. Pero tampoco quería guardarlo en otra caja donde estuviera más a su aire, sobre todo porque entonces olería mal en todo el banco, y tampoco era plan lo de estar respirando siempre por la boca. Además, últimamente había cogido mucho cariño a los dos féretros —procedentes de la funeraria— que le regalaron por su vigésimo sexto cumpleaños en agradecimiento a sus entusiastas y generosas labores de enterrador. Desde entonces —y como parecían tan sólidos y él era ante todo un hombre práctico en la vida— los estuvo utilizando como consignas, guardando en ellos el dinero y casi cualquier cosa que sus clientes le llevaron durante los últimos cuatro años.

Obviamente, prefería que le llevaran objetos ilegales, y así cobrar altísimas comisiones. Las que recibía por custodiar los ahorros de sus depositantes eran muy reducidas, y para colmo no es que el trabajo estuviera exento de riesgos. A fin de cuentas, no sería la primera vez que a un banquero le cortaban las manos, le condenaban a trabajos forzados o a pudrirse en la cárcel... o le decapitaban directamente en su propia mesa por no poder devolver el dinero a sus clientes. En cualquier caso, al Señor da Morte le bastaba con recordar que nunca había perdido el dinero de ninguno (simplemente se dejaba en el ataúd y de ahí ni salía ni entraba porque no disponía de patitas) para conservar la tranquilidad y la seguridad en sí mismo y en su propio y —en caso de guardar dinero— honrado trabajo.

—De todos modos, como ésta vez me vas a guardar un dinero que se supone que no prestarás ni te gastarás, y no cualquier otra cosa reflejada en el *certificado de depósito* como si de dinero se tratase, en principio no deberías tener ningún problema.

—Eso —respondió Mr. da Morte secamente, pensando que si tuviera una pistola (como otros banqueros con un mayor poder adquisitivo) para defenderse de los atracos, ya no hubiera sabido muy bien si herir a su cliente o si mejor suicidarse directamente él, para así acabar con aquel martirio.

Ante el gesto de hastío del banquero, el rostro burlón de Nephysto se oscureció hasta parecer el del mismo Diablo y, con su voz más grave, advirtió:

—Si me pierdes el dinero te llevaré otra vez a los tribunales y desearás no haber nacido. Escúchame bien, esa maleta y lo que hay en su interior vale mucho más que cien millones de vidas juntas. Lo que hay en ese maletín es único, no debes tocar ni uno solo de los billetes que contiene.

«A saber qué otras mierdas me habrá metido dentro de la maleta el cabrón éste y se lo esté callando» —pensó Crucius.

—Recuerda que es un *depósito a la vista*. No prestes el dinero, no te lo gastes... Vamos, que ni lo toques. Querré

que me devuelvas exactamente los mismos billetes que he depositado y no otros, aunque tengan el mismo valor —añadió Nephysto, abriendo la maleta y extrayendo delante del propio banquero cada fajo de billetes.

Uno a uno fue colocándolos sobre el mostrador hasta crear el frondoso y mullido paraíso verde al que todos los banqueros irían al morir, tanto si habían sido buenos como si habían sido malos. Porque aquella tremenda y magnífica montaña de papel era tan valiosa para un banquero codicioso que, solo el verla arder, podía ser el peor de los Infiernos.

Y a Crucius se le caía la baba.

—Perdone, pero resulta que mi trabajo consiste en devolverle la misma cantidad que usted deposita en el banco, si le devuelvo los mismos billetes u otros diferentes eso ya es cosa mía mientras el bastardo de los frunces y los volantes que aparece dibujado en todos se encuentre también en estos.

Mr. da Morte se había referido al Rey de Escornia como «bastardo» porque realmente fue un hijo nacido fuera del matrimonio, y de ahí el nombre de su moneda. Aunque muy pronto, cuando los banqueros empezaran a prestar los *depósitos a la vista* de sus clientes, tendrían aún más motivos para llamarla «espuria». Estas eran acuñadas y emitidas por el Banco de Escornia, en mayor o menor cantidad según los designios y apetencias del Gobierno. Cada espuria equivalía a 100 gags y, aparte de estas, existían monedas más pequeñas de 1, 5, 10 y 50 gags. Para las cantidades grandes, se utilizaban los billetes de 5, 10, 20, 50, 100, 200 y 500 espurias, aunque no muchas personas en la ciudad habían visto un billete de 500. Quizá, los pocos que había, estuvieran todos en la maleta de ese señor.

—Si se empeña en que le devuelva exactamente los mismos billetes que depositó porque por algún motivo les tenga un cariño especial, puede usted guardárselos directamente en el orto, que ya verá cómo de ahí no se los quita nadie —añadió el banquero con toda su arrogancia, sabiendo que no tenía ningún tipo de obligación en ese sentido, tan sólo debía devolverle la misma cantidad que depositara.